

2000

Miniaturas Eróticas

Mario Sampaolesi

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Sampaolesi, Mario (Otoño-Primavera 2000) "Miniaturas Eróticas," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 52, Article 42.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss52/42>

This Creación: Poesía is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Mario Sampaolesi

Miniaturas Eróticas

Este estado de percepción lo invade ahora con el halo apenas ensombrecido de su recuerdo, con la posesión de la imagen de su recuerdo que ya no es, o es tal vez al menos la escasísima diferencia entre su ser verdadero y éste que él imagina al evocarla, este símbolo irrecuperable (nunca será el mismo) que lo obliga a reconocer sólo esa región que se esfuma (puede ver las particularidades que la diferenciaban de los otros) y sus tatuajes y signos lo cubren ahora, son un manto tenue y frágil, desprotegido.

A través de actos espontáneos sintetiza la vida a su alrededor; convoca a los objetos acariciados por los milagros, su ajena identidad, la posibilidad de vivir a través de ellos otras vidas: la vida de los perfumes, de los tactos terrestres, las visiones de la bruma y sus modificaciones tenues y sombrías, la vida del agua y su suspensión silenciosa (se introduce, se hunde, se deja llevar, flotar; el cielo lo rodea lo abarca e ilumina), ensoñaciones que son también cierta poesía que se derrumba, aquello que ya no se purifica.

El paisaje recibe la nieve. Su peso silencioso carga y apacigua la ciudad; los monumentos, edificios, el río helándose, rodean la figura que avanza. Piensa en su propia identidad, en el cataclismo de lo imaginario que le pertenece, que lo nutre como una cápsula protectora y sedante.

(¿Hacia dónde se expanden las ondas del lago?

¿Hacia el pasado, hacia el futuro?)

El relato se continúa a sí mismo. Se envuelve y desarrolla de acuerdo a necesidades íntimas; a deseos de partículas, de armonías agraviantes; sus símbolos ensolan este antiguo lugar de húmedos desórdenes: el silencio se escucha entre el murmullo aerocifrado de la multitud; el tedio lo obliga al paseo insomne y azaroso, desprovisto de objetivo, sin ocasión de desenfreno.

Espera. Sigue. Regresaría tal vez, si hubiese otra propuesta, si existiese de nuevo ese afán del peligro. Sin situaciones domésticas oscuras, sin el hartazgo de la mediocridad y de la estupidez pesándole sobre la espalda, encorvándole, ajorobándole;

creciendo en él el impulso maníaco de desprenderse de todo, de perderlo todo, de deshechar el miedo, el contagio, el vacío, el deseo, la necesidad, la fatiga, el murmullo, la caricia, el roce de unos labios sobre el agujero de la oreja, las visiones del mar, el orgasmo, los sexos y las bocas de las mujeres abiertos a toda exageración, y toda la vida y toda la muerte que pesan sobre él.

Lanzarlo todo desde el Pont Neuf. Ver como cae en el agua y sentirlo hundirse: ese paquete inmenso lleno de ambiciones, pecados y felicidades, de injusticias y reproches y espanto.

El cadáver embolsado se hunde.

Permanecerá para siempre en el fondo del Sena (su lastre de acero y plomo). Se quedará allí, pues aunque hay retorno no hay retorno. No puede, no podría haber retorno.

La idea del regreso también está allí, encadenada a sus metales místicos y humanos.

Esa parte era su otro encanto: el flujo interno desde el cual partía; la inmovilizada escena. Una cierta armonía con lo lejano, con lo ensoñado de lo lejano y que desaparecería ante el vidrio astillado de los acontecimientos: eran relámpagos, obnubilaban y atraían y seducían, caían caen entre los desperdicios como perros u hombres; apresuraron apresuran el desgaste de sí al soportar ruidos, rumores, gritos, murmullos de una multitud (algunos objetos se destrozan con la simple invocación de la mente: oxidan la llama desnuda y fija de aquello que se olvida.) Pantanos, escombros de una vida en proceso de desintegración (es agua entre las manos) y el regreso a hábitos, a vicios, a atmósferas pesadas e incestuosas (un dulzor pegajoso de licores para viejos).

Lo irremediable de lo perdido,
salva al mismo tiempo?

El crujido de las hojas secas pisadas estremece, palpita, tiembla temblaba era es también el alceco leve y mecánico de las alas de las mariposas al posarse:

una mujer detrás de unos tules opacos; las paredes de la habitación pintadas de amarillo brillante; muebles de madera azules, verdes, cortinajes, alfombras persas, tapices violetas; una escenografía teatral, tragar su absenta.

Alguna vez debió existir un bosque.

Su verdor debería debió haber perfumado los animales, los insectos, los pájaros, las sinuosidades de la tierra, de las piedras, las texturas del agua.

Imagina los árboles agitarse detrás de las persianas.

Los intuye intuirá bamboleantes y picados de pájaros:

apenas una escenografía vidriada se ocupa de otras tantas formas que desaparecen hundiéndose en su sofá preferido, en su lenguaje hecho de papeles y mensajes y símbolos que seducen aún en la desesperanza.

Distancias límites pasajeros árboles herrajes llaves luces quebradas por la sed y la muerte, almas vidrios rotos, botellas rodando con su sonido a furia y a desánimo, clavos barcos sus

ojos que lo aman y amarán todavía, piedras, el ruido del viento, el aire calcinado y todo lo que lo rodea y lo hace vivir y purifica.

Esta forma de pluma en suspensión, de inercia de viento, de propagación del fuego.

Abandona.

El hecho mismo de abandonar lo impulsa hacia su equilibrio, esa vertical que él imagina siempre entre la luz y la sombra, que él supone que será serfa él mismo despojado de todo, enfriado, inutilizado por sus propias incertidumbres, martirizado por sus poemas, por su lenguaje sin fondo.

Continúa herido por los brillos que lo rodean (reflejos de espuma y de sol sobre la superficie).

Sólo persiste su constante capacidad de permanecer en silencio, inmóvil, pensándose perdido en la cumbre

nevada y ficticia de su miedo (contiene signos, interrogantes, fantasías, desperdicios, restos de lecturas, de conversaciones.)

Siente el cuerpo de su toxicidad, sus luces perdidas en el cielo de un paisaje: las armas de una defensa que no fue más que una nueva derrota; una identidad que él busca buscó en su pasado, en su despojado anhelo de ser él y otro y otro como un sueño, otra vez prisionero en hielo iluminado, en espejo, en herida.

Olvida su carne, su escritura, su pensamiento.

Se vuelve tierra, agua, bosque, un circuito intermitente y eléctrico: no es ni sueño, ni vocación, ni recuerdo.

Le temía a la incierta agonía de la asfixia.

Imaginaba oscuros sobresaltos: su pasión silenciosa lo ahogaba; lo inducía a convertirse, a cambiar, a travestirse en sombra, en sal sobre la herida; lo obligaba a sentarse en el centro de un bosque sacudido por la tormenta, a escuchar el rumor de los árboles, de la lluvia golpeando golpeándolo.

Sentirse allí, en el límite de todo: ciego, sordo y mudo, inválido y moderno.

Un hombre moderno absorbido por los elementos, enmudecido; la dicha de la tormenta lo rodea otra vez pero desde el recuerdo; desde su recuerdo que no es más aquel instante y sin embargo se continúa.

Va hacia esa zona que lo obsesiona, esa zona es su propia fantasía; la imagen de esa zona existe (aunque no), aunque se vuelva absurdo y agrio y alcohólico y oloroso.

Siente otra vez el frío, el arácnido deslizarse de la lluvia sobre su rostro, sus manos, su piel.

Vuelve a observar en la oscuridad de la tarde cubierta de nubes la iluminación del relámpago; esa claridad que sabe reflejada sobre su rostro: esos instantes mortales.

Se hunde en el sopor metafísico de su indolencia.
Desde su enmohecimiento, desde su lejanía comprueba su inmovilidad:
le crecen raíces, ramificaciones, formas que lo petrifican.
Descubre su ego prisionero de esa quietud que terminará por matarlo.

No cree en la muerte.

Sabe que sólo implica otra plenitud de su imagen.

Se volverá ceniza, sustancia química, alimentará el plancton del mar, del río.

Regresará en la lluvia.
